

LAMENTOS DEL AIRE

Es tan triste la soledad, un abismo que soportan mis entrañas desde hace ya algún tiempo. Y el pasado y el presente se conjugan en los lamentos del aire. La felicidad de tiempos remotos tardará muchos años en regresar, demasiados y yo temo que cuando eso ocurra yo ya no exista, que haya desaparecido por completo o que me hayan hecho desaparecer. Temo que el aire continúe trayendo el triste aroma de las cenizas.

Tal vez debería presentarme o quizás debería hacerlo mucho después, cuando todos conozcan la historia de mi familia.

Soy un ser milenario, arcaico, testigo del inicio de los tiempos, he visto crecer a muchos hijos y muchos de ellos me han acompañado durante toda mi vida, pero ahora estoy presa en mitad de este paisaje desolador. La montaña arbolada y habitada por multitud de seres ya no existe, ahora es un escombros de cenizas y lo único que se escucha son los lamentos del aire. Puedo sentir a mi hijos en esos lamentos, murieron presos del fuego y lo único que me queda son sus espíritus que continúan vagando con tristeza por la tierra que fue su hogar.

Yo era una de las montañas más frondosas de esta ciudad costera, desde mi pico más alto se podía observar escondido entre los árboles la inmensidad del mar. Pero ahora ya nadie quiere surcar las sendas cadavéricas de una montaña hecha cenizas. Y yo temo que pronto me conviertan en un ser inerte que dé cobijo al gris cemento y el verde desaparezca para siempre de mi lado.

Los lamentos del aire cuentan la tragedia ocurrida y los recuerdos de uno de los más bellos paisajes de esta ciudad. Ojalá alguien se acuerde de mí, necesito volver a ser madre, volver a dar cobijo a la vida.

Podría remontarme a los pretéritos años en los que los bisontes atravesaban las montañas y los hombres se escondían en las cuevas que ya no existen. Pero sería una historia demasiado extensa, tendría que recordar a demasiados hijos que ya partieron. Tan solo hablaré de aquellos insignificantes arbolitos que crecieron conmigo, convirtiéndose en frondosos y poderosos seres, árboles inmensos con gigantescos troncos donde poder refugiarse, troncos que se confundían con túneles que conducían a mis entrañas. Ellos, seres protectores de este lugar, seres que no le pertenecían a nadie porque ellos eran reyes de esta tierra, también fueron pasto de las llamas, perdiendo para siempre a los testigos de un tiempo legendario que nunca más regresará. La mágica naturaleza les había hecho crecer sus raíces en mi tierra, pero la crueldad me los ha arrebatado.

Esta montaña que ahora habla, esta montaña solitaria y desolada, esta montaña que tan solo escucha lamentos del aire, antes era un lugar plagado de vida. Las liebres cruzaban mis sendas y se refugiaban en los troncos, mis árboles daban cobijo al nacimiento de nuevos pajarillos y los osos comían los frutos salvajes de esta tierra. Eran muchas especies las que habitaban en mí, pero no por ello despreciábamos al humano, lo

considerábamos parte de nosotros. Ellos debían cuidarnos y a cambio nosotros ser su refugio, pero por su imprudencia e insensatez no solo arrebataron la vida a mis hijos, sino que perdieron parte de la suya. Ahora el aire es gris, parco, ahora respiran cenizas mientras yo escucho lamentos.

Aunque también debo decir que no todos los humanos han quebrantado mi reposo de forma tan vil. Recuerdo cuando muchos de los polluelos de búhos, águilas, jilgueros, halcones, golondrinas caían de sus nidos y una patrulla de jóvenes acudía en su rescate, los cuidaban, los protegían y cuando estaban preparados para enfrentarse a la vida volvían a atravesar mis sendas y los lanzaban al aire, los pajarillos se volvían y un silbido de agradecimiento se escuchaba. No hay mayor orgullo para una madre que ver a sus hijos crecer, yo era la madre de todos los seres que habitaban en mí. Siempre estaré eternamente agradecida a todos los que cuidaron de esta naturaleza a la que doy cobijo.

Tristemente, no siempre me ha rodeado la bondad y muchas veces mis hijos morían asfixiados o desangrados en horribles y monstruosos cepos. Sus llantos mientras agonizaban se clavaban en mis entrañas y yo nunca entendí qué razón había para causar tanto dolor.

Yo era un lugar paradisiaco, a mitad de camino entre el mar y las grandes cadenas montañosas. Una montaña boscosa ni muy grande ni muy pequeña, lo suficientemente extensa como para dar cobijo a muchos seres y a infinidad de historias. Dos de los robles más longevos escondían una pequeña cabaña que hace doscientos años fue habitada por un huraño ermitaño al que no le gustaba el murmullo de la ciudad, ese hombre se conjugó con la naturaleza y era uno más de nosotros. Así que los robles inclinaron sus ramas en señal de respeto y así quedaron por siempre, hasta que todos nos convertimos en pasto de las llamas.

El día de la fatídica tragedia la brisa de la mañana, el ligero balanceo de los árboles y el trinar de los pájaros formaban una melodía perfecta, pero el infierno se aproximaba. Llegaron con cánticos, con sonrisas, con una cobardía disfrazada de bondad. Al principio pensé que eran mis queridos amantes y cuidadores de las aves, pero no lo eran. El primer mártir de su juego fue uno de los robles más longevos de mi bosque, una leyenda ya en esta tierra; contaban que sobre él habían descansado los más nobles guerreros de la antigüedad y en verdad así era, pero jamás ya nadie reposará sobre su sombra.

La primera ráfaga de fuego quemó una de sus ramas y ese crujir de la savia, como la sangre cuando se detiene, atormenta mis entrañas cada día. Todo era un juego para ellos, un juego cruel e insensato.

—A ver cómo prende esta rama si apago el cigarro en ella —decían entre carcajadas. Piensan que un árbol no sufre ni padece ante semejante crueldad.

Tras ese cigarro llegaron muchos más, para acabar agonizando bajo el tiro de gracia de un mechero arrojado en los arbustos del que era mi bosque.

La brisa de la mañana se transformó en una humareda gris y mis lágrimas de arena descendían por mis sendas. Llantos y lamentos se escuchaban, los mismos lamentos que ahora me recuerda el aire cada día. Los vi agonizar a todos, sin yo ser capaz de salvarlos del temido fuego.

Los protectores de mi bosque acudieron en su rescate, lanzaron agua desde el cielo y arriesgaron su propia vida por salvar la de mis hijos. Jamás podré agradecerles su valentía. Mientras que los culpables de tal vileza reían lejos de allí, divirtiéndose con una tragedia.

Vi lágrimas, sentí pánico y contemplé la crueldad más amarga. Vi a ancianos suplicar ayuda para abandonar sus hogares, cobijados a las faldas de mi bosque. Y entendí que todos somos parte imprescindible de este mundo, que de manera paradójica y mágica a la vez somos los eslabones de una cadena intangible pero que tristemente no todos saben apreciar.

A partir de ese día, el cielo se volvió gris, la ceniza inundó el paisaje. Mi bosque quedó desolado, los hogares vacíos y el mar también se cubrió de cenizas. Todavía recuerdo el llanto de las osas cobijando a sus hijos del fuego. ¿Por qué aquellos criminales no se apiadaron de todos ellos? ¿Por qué causaron tanto dolor?

Ya nadie atraviesa mis sendas y caminos, todos temen mirar a este paisaje desolador, pero yo odio en lo que me he convertido por la maldad de otros. Los hogares a los que daba cobijo todavía continúan deshabitados y el mar arrastra a la arena los restos de mis hijos convertidos en polvo y cenizas. Y los culpables de semejante desdicha no se lamentan de rodillas ante mí.

El bosque más longevo de esta ciudad costera ya no existe. Ya nadie se baña en sus playas porque son el sepulcro de seres inocentes. El aire es impuro y no solo asfixia, sino que aflige el alma.

Pero aun así no puedo odiar a los humanos, ellos me han cuidado durante milenios. Solo pido que no se olviden de mí y que me permitan volver a albergar vida. Yo purifico el aire que respiran y a cambio tan solo pido respeto y cariño, algo sencillo, pero a veces muy complicado de conseguir.

Cada noche de luna, alrededor de ella se crean sombras y las estrellas fugaces me miran y forman una densa bruma colorida, es la aurora boreal de esta ciudad, es pequeña, discreta, casi inapreciable, pero en ella habitan mis hijos, los que perdí hace cientos de años y los que el horror me ha arrebatado.

La ciudad duerme tranquila, callada, serena, pero ese silencio me entristece porque yo lo único que siento es soledad, una desdichada soledad que deseo que desaparezca pronto.

Los rayos de sol del amanecer se clavan en mi tierra quemada y el viento trae voces lejanas, voces tenues, ecos aletargados que se conjugan con el rumor del cercano mar que me acompaña. Los jóvenes que cuidaban los nidos de mi bosque limpian el mar de cenizas y parece que los lamentos del aire se resignan y son menos dolorosos.

Del mar no se han olvidado ¿y de mí, lo habrán hecho? Las únicas aves que surcan esta ciudad son las gaviotas, pero ellas no se acercan a mi desolado y desaparecido bosque.

Los días pasan y tristemente me he acostumbrado a los lamentos del aire.

—Creo que ha llegado el momento, chicos. No podemos dejar nuestro querido bosque como un montón de cenizas. Quizás deberíamos plantar nuevos árboles e intentar que los pájaros y todos los animalillos regresen. —Están a mis pies, a las puertas de las sendas que conducen a mi cima, portan semillas y pequeños arbolitos a los que deseo entregarles mi tierra y ser por siempre su hogar.

Los lamentos del aire se tornan esperanzadores, mis caminos vuelven a ser habitados y yo siento que no todos se han olvidado de esta montaña boscosa que durante tantos años fue un lugar emblemático y legendario de esta ciudad.

Las cenizas van desapareciendo de mi tierra y mis entrañas vuelven a sentir las raíces de mis hijos anidar con fuerza. Pequeños pajarillos vuelven a surcar el cielo y todos los animalillos a los que daba cobijo comienzan a regresar como en un acto de peregrinaje a la tierra que los vio nacer.

Ahora todos los árboles son insignificantes esquejes, pequeños, débiles, necesitan mi cuidado; tardarán todavía cientos de años en convertirse en el denso y placentero bosque al que daba cobijo. Tan solo pido que cuando eso ocurra no vuelva a verlos arder bajo el cruel fuego. Que las futuras generaciones comprendan que nosotros, los bosques, las montañas, somos sus más fieles aliados, que todos los seres de este mundo formamos parte de un universo infinito e inexplicable y todos sin excepción hemos de tendernos la mano como una de las simbiosis más bellas que existen y que tan solo saben apreciar las almas y corazones nobles.

Mi único deseo es continuar albergando vida durante milenios y que el sufrimiento de hoy sea aprendizaje del mañana. El aire ya no me recuerda lamentos, sino la esperanza de un nuevo amanecer, de un nuevo resurgir en mitad de las cenizas.